

centrando la atención en un sólo punto. Y tras leerlo todo me sitúo en la primera página, en ese pórtico barojiano donde vive entero nuestro Maximino Checa, "Pelecha". ¿Qué hombre de hoy, chico ayer mismo, no recuerda al personaje, no ha subido cualquier día de San Marcos hasta allí y husmeado en aquel complejo misterioso de vivienda, fortaleza y molino cervantino en ruinas, todo junto? Usted describe al "pequeño gran hombre" como si lo tallara. De la mano de esta semblanza hay que imaginar a Maximino en su "atalaya" de la vega Ocaña, oteando a la caída de la tarde el paisaje urbano de Alcázar, las entradas y salidas de los carros, animales y personas diversas. Desde aquellas moderadas alturas, ¿qué pensaría "Pelecha"? ¿Qué meditaciones nunca contadas a nadie le embargarían? "Pelecha" se miraría a lo hondo... ¿Había muchas diferencias entre él y los de allá abajo? ¿Era él más, menos, igual que aquellos tenderos, empleados, corredores, albañiles, barberos, letrados? ¿No era su trabajo tan necesario y útil como el de los otros, no lo hacía, en lo suyo, tan bien como el que más? Sacaría de la petaca el recio tabaco mezclado de granzones; liaría un pitillo, lo encendería con el chisquero. Un temblorcillo, un sentimiento muy adentro, entreverado de ternura. Se sentía Maximino fuerte, cumplido y en paz, después de sus pensares.

Porque él -no hay que olvidarlo-, se ganaba el sustento con el trabajo de todos los días, había creado una familia, compartido con ella el techo y el pan, y plantado unos sarmientos según está mandado.

Emotivo AZORIN-ALCAZAR, esa bella evocación del peregrinaje del maestro por las tierras del Quijote.

No quiero quitarle más tiempo con el hilván de mis cartas. Un abrazo."

MADRID, 27 julio 1962

(Del fascículo XIII)

"El último fascículo nos ha deparado a toda la familia muy buenos ratos de hermosa lectura. Siguen llegando hasta nosotros, con estos libritos únicos, los sucesos, los decires, las imágenes de la vida alcazareña. Crece nuestra admiración y nuestra devoción por los fascículos como les ocurrirá a cuantos los leen.

La portada es una perspectiva de la famosa "Huerta de la Fuente", mínimo y placentero oasis en el hosco paisaje, lugar de exploración en lejanos caminares infantiles.

Una cordial noticia; vive y todavía ejerce, lejos de aquí, doña Piedad la famosa maestra de la calle de la estación. Oportunidad única para relatarnos la circunstancia y el momento de aquella memorable escuela.

Las calles, los rincones... Placeta de San José, Alterón de la Calle Ancha, La Carrasola, Placeta de Pachurro, topónimos castizos, sonoros, tan descriptivos como fieles. Un cuadro muy personal del siglo XIX en el boceto que traza de don Enrique Manzanique. EL SILLON DEL ABUELO; pincelada del complejo humano de los que empiezan a irse.

A través de sus crónicas, biografías, semblanzas y comentarios sigo con interés creciente las peripecias de nuestros médicos dentro de un ambiente de características tan personales como el de Alcázar. Los vemos, los adivinamos llegando desde la sapiente Facultad llenos de ilusión, encarándose con un medio todavía de predominio rural, rico